



## CAPÍTULO I

### El *click* de Mencía

¡Sube! ¡Sube! ¡SUBE! Contengo la respiración mientras hago un esfuerzo sobrehumano por subirme la cremallera de la falda. ¡Nada! No hay forma. Ni sin respirar, ni estirando la columna, ni tumbándome encima de la cama. Si giro la falda e intento subir la cremallera por delante, después tengo serias dificultades para dejarla recta en su sitio. Aquí estoy, con una postura estrambótica, delante del espejo, cogiendo aire a sorbitos, con los brazos medio dislocados, la falda ya arrugada y el ojo pegado al reloj, todo a la vez. Voy a llegar tarde. Al final, acabo vistiéndome uno de los dos vestidos con los que ando últimamente. Hoy este y mañana el otro. Uniforme de quita y pon. Recorro al truco de pañuelo de colores alegres al cuello, taconazo, pintalabios, un toque de mi perfume favorito y una gran sonrisa para levantar un poco el ánimo antes de volver a mirarme al espejo. «Estás guapa, Mencía», me digo antes de salir a encontrarme con mis amigas.

Hemos quedado en la puerta del museo. «Vamos a tener la oportunidad de disfrutar de una exposición de Sorolla aquí, así que chicas, yo me encargo de sacar las entradas», dijo Carlota la última vez que nos juntamos. «Almudena, ¿tú te puedes encargar del restaurante?». Carlota y Almudena,

Almudena y Carlota, inseparables. Ya en el colegio y aunque físicamente eran muy distintas las llamábamos «Pin y Pon». Carlota, rubia, alta, muy flaca y espigada. Y Almudena, morena, ni alta ni baja, y con curvas. Vivían en la misma vecindad, iban y volvían del cole compartiendo charlas y confidencias. Hacían juntas los deberes y ambas sacaban unas notas buenísimas. Cuando empezamos a tontear con chicos de nuestra edad, se enoviaron con dos amigos que iban a la clase de al lado y cortaron con ellos casi a la vez, tan solo con unos pocos días de diferencia. Al terminar el colegio, sus intereses las llevaron por caminos diferentes y aunque ya no están todo el día pegadas, no pueden vivir la una sin la otra.

Ahí están las dos, en lo alto de las escaleras del museo, charlando animadamente mientras nos esperan a las demás. Berta y yo llegamos casi a la vez, y falta Vega, que como siempre, llega tarde. No importa mucho. No tenemos ni media prisa. Ahí viene, a paso rápido. Agita un brazo para saludarnos, acelera aún más el paso y esboza una gran sonrisa. Ya estamos las cinco.

—¡Hala!, entremos —dice Carlota—. Sacad el móvil y descargaos la SorollApp.

—¿La soroqué? —pregunto yo algo confundida.

Carlota coge mi móvil, toca un par de veces la pantalla con sus dedos, y me lo devuelve antes de que me haya dado tiempo a darme cuenta de que ya no lo tengo en mi mano. Carlota, ¡una máquina de la tecnología!

—Listo, Mencía, SorollApp descargada. —Veo que las otras también toquetean sus móviles—. Al colocar la cámara del móvil frente al cuadro —nos explica Carlota— esta aplicación nos proporciona más información sobre el cuadro en sí y detalles curiosos acerca del pintor, dónde lo pintó, qué técnica utilizó...

—¿Sabíais que este cuadro se presentó en la Exposición Universal de París del año 1900 y fue premiado con el *Grand Prix*? —Mientras Carlota habla de la utilidad de la aplicación, Almudena nos da los primeros datos sobre el cuadro «Triste herencia» que tenemos delante.

Y así, cuadro tras cuadro, también hemos aprendido que Sorolla fue el primer artista español en tener fama en Estados Unidos a principios del siglo XX y que el 27º presidente, William Howard Taft, posó para él. ¡Genial esta SorollApp! Hemos disfrutado mucho de la exposición y nos vamos al restaurante. Nuestro restaurante. Bueno, no es que sea nuestro, nuestro. Es nuestro porque estamos «superagusto» en él. La distribución de las mesas, sus lámparas y decoración *art déco* y su nada estridente ni atronadora música ambiental nos hace sentir como si estuviéramos en nuestra casa.

—Alonso, yo hoy no voy a comer. Estoy con una dieta muy estricta y me voy a tomar este batido que me he traído. — Berta saca de su bolso un termo cilíndrico color verde que pone encima de la mesa con solemnidad—. Ya sabéis que a mí me engorda hasta el aire que respiro, así que ahora he empezado una dieta a base de batidos. ¡A ver si con esto ya adelgazo definitivamente!

Almudena que es médico, ginecóloga, hace tiempo que ya no dice nada acerca de las dietas de Berta. Ni se inmuta, ni entra en la conversación cuando se habla de dietas. Hermética. Un día que Berta nos explicó el fundamento de una dieta y que Almudena dijo que el cuerpo no funciona de esa manera que tú dices, se creó una situación tensa entre ellas que acabó cuando Almudena le dijo: «si algún día me necesitas, aquí me tendrás». Y ahí sigue Berta, saltando de dieta en dieta, yendo por libre.

—Muy bien, señora. —Alonso asiente con la cabeza mientras las demás estiramos las servilletas blancas sobre nues-

tros regazos. Pobrecillas, pienso, impolutas al comienzo de la comida, con restos de los diferentes tonos de pintalabios al final: rojo, de Vega, rojo más oscuro el de Berta, rosa las marcas de los labios de Almudena y de los míos (mi tono, «*rose-c'est chouette*», que me lo compré porque me encantó ese nombre), y restos de *gloss* de Carlota; distintos colores, distintas personalidades, pienso.

—¿Le retiro entonces la copa de vino? —Alonso sonrío educadamente a Berta esperando su respuesta. Alonso nos conoce a la perfección. Después de tantos años, está más que acostumbrado a nuestras peticiones, por extrañas que sean. Hubo un día en el que aparecimos en el restaurante con unos platos preciosos que Berta había pintado a mano para nosotras. Nos pareció la ocasión y el lugar perfectos para estrenarlos, y Alonso, sin hacer ninguna objeción, nos permitió disfrutar de la comida en nuestra vajilla personalizada. Así es él, un encanto. Todas esperamos en silencio durante unos segundos la decisión de nuestra amiga.

—¡Ah! ¡Mejor no! Hoy estamos de celebración —exclama Berta sonriente—. En el aperitivo solamente he tomado un botellín de agua, así que ahora sí me tomaré una copita de vino. —Todas reímos ante su desparpajo espontáneo. Berta tiene ese toque encantador e incorregible. Alonso nos sirve un excelente vino blanco.

—Este Alonso es un amor... Así da gusto —comenta Berta dando un primer sorbo.

—Pero Berta, ¿qué haces con esos batidos? Tú es que no sabes lo que hay que comer —dice Vega—. Yo he empezado a tomar semillas de *kiliki* y es el mayor descubrimiento que he hecho jamás. —Enarca las cejas y frunce los labios en un gesto de convicción exagerado.

¿Otro mayor descubrimiento? Los viajes que hace por trabajo y sus múltiples actividades son para ella un filón.



No creo que haya persona que «descubra» tanto como Vega.

—¿El mayor descubrimiento, Vega? —le pregunto—. La última vez estabas entusiasmada con esa extraña verdura oriental que hacía maravillas. La *parapa*... la *tarala*... —Ni siquiera recuerdo su nombre. Le he oído hablar tantas veces de diferentes semillas, frutas y verduras desconocidas, de países remotos y de nombres impronunciables, que mi mente es incapaz de memorizarlas y seguir el ritmo de Vega.

—¿La *tarata*? —pregunta rescatando esa verdura de su memoria—. Eso pasó a la historia, al final no era para tanto... —Ojea la carta con cierta indiferencia—. Pero las semillas de *kiliki* que me recomendaron en clase de *Kickboxing* están haciendo maravillas en mi cuerpo. De hecho, he mejorado mi marca personal en las sesiones de *running*. —Busca con la mirada el apoyo de Almudena, la otra deportista del grupo, pero esta se limita a asentir con la cabeza sin decir nada. La credibilidad de Vega con respecto a los «superalimentos», como ella los llama, está empañada, tanta variabilidad... Además de por el terrible sarpullido que sufrió el año pasado a consecuencia de unas infusiones exóticas que le habían recomendado en clase de yoga. Credibilidad de Vega: 0.

—Sea lo que sea y pruebes lo que pruebes, la verdad es que estás estupenda. —Le halago con sinceridad—. Bueno, como tu madre, ¡qué suerte de genética la tuya!

—Bueno, ¿y de dónde sacas tiempo para hacer ejercicio? —pregunta Carlota intrigada—. A ti parece que el tiempo se te multiplica.

—¿Multiplicar? Qué más quisiera yo. Pero es que yo sin ejercicio no sé vivir. Después de un día de trabajo, como no vaya a correr o al gimnasio, me pongo hasta de mal humor.

—¡Qué curioso! —salta Berta entre risas—. A mí me pasa al revés. Me pongo de mal humor solo de pensar que ten-

go que hacer ejercicio. ¡Odio sudar! —Simula un estremecimiento haciéndonos reír con su ocurrencia. Aprovecho la distensión del momento para hacerle una señal a Alonso de que ya estamos listas para pedir la comida—. No entiendo cómo puede estar tan de moda el *running*... —prosigue Berta una vez calmadas las carcajadas—. A todo el mundo le ha dado por correr. Da igual que sean las tres de la tarde de un martes de agosto a cuarenta grados a la sombra. —Alonso toma nota de lo que vamos a comer y a indicación de Berta vuelve a llenar de vino nuestras copas.

—Bueno... comento en un suspiro. —El plan propuesto por Carlota de llevarnos de museo ha estado genial, ¿verdad?—. No me gusta el deporte ni hablar de deportes, así que, cambio de tema. Levanto mi copa proponiendo un brindis para dar el pistoletazo de salida antes de empezar a saborear nuestros platos.

Riquísimo todo. Y la música de fondo perfecta para poder hablar tranquilamente. Este restaurante es una apuesta segura.

—He tenido una idea después de ver los tocados de esa tienda —comenta Vega mientras se limpia la comisura de los labios. De camino al restaurante se ha parado a mirar el escaparate de una tienda de complementos de fiesta. Pamelas, sombreros, casquetes, plumas, de todos los colores, resultaban atractivos y todas nos hemos parado a observarlos—. No sé qué haréis vosotras, pero creo que para la boda de Leonor reciclaré un vestido que tengo desde hace unos años. Le daré un toque novedoso con un tocado llamativo. ¿Qué os parece?

—¡Me encanta la idea! —exclamo emocionada. Sí, me encanta. Me fascinan las fotos de las invitadas de las bodas que veo en las revistas, todas con sus sombreros, tocados y adornos en la cabeza. ¿Cómo no habré pensado en ello para la boda de Leonor? Como bien dice Vega, a lo mejor

no hace falta comprar ropa nueva, sino que puede ser suficiente con repasar el armario y rescatar algún atuendo olvidado. Pero, espera Mencía... ¿repasar el armario? Si ya lo has repasado antes. Pantalones... no te entran. Faldas, ya has comprobado por la mañana que no has podido entrar en la última que te compraste. Blusas y camisas, a reventar. Y, por último, los dos vestidos de punto de los que no me he despegado últimamente, como si de un uniforme de colegiala se tratase. Repaso hecho. Bueno, para la boda, probaré a ver si entro en el mono de seda verde que llevé a la boda de mi prima. A lo mejor con la ayuda de Vega podré escoger unos complementos originales y así no complicarme con la elección del conjunto—. Me apunto a ir contigo de compras —digo al fin.

—Y yo... necesito ayuda para ver qué me pongo ese día.  
—Se une Carlota.

—¡No se hable más! —sentencia Berta—. Todas lo necesitamos. Nos vamos de compras como en los viejos tiempos. —Todas asentimos sonrientes—. ¡Plan perfecto, chicas!

—¿Eso significa que quieres hacer experimentos en mi cabeza probándome mil y una pamelas? —pregunta Vega con la ceja levantada.

—¿Sí? —digo divertida ante la idea de compartir una tarde de compras con mis amigas.

—¡Sí, quiero! —dice Almudena.

—¡Sí, quiero! —decimos las demás al unísono. Y brindamos otra vez.

Nos ponemos de acuerdo en el día.

—Apuntadlo en vuestras agendas —nos dice Carlota. Y mientras las demás encendemos el móvil, ella dice ¡listo!, con gesto triunfante.

—Qué maravilla de tecnología, oye... —digo sin apartar la vista de mi móvil. ¡Todo al alcance en un par de *clicks*!



—Carlota... ¿de verdad vas a dejar ese postre casi sin probar? —pregunta Berta mirando con ojos golosos la tarta incluida en el menú que Carlota apenas ha tocado—. Alonso, por favor, tráeme una cucharita. —Mira a Carlota con envidia—. Claro, así estás tú... Cómo vas a engordar.

—¿Pero tú no estabas a dieta de batidos? —Carlota observa cómo Berta degusta las sobras de su plato.

—Esto es prácticamente un batido sólido —comenta mientras le guiña un ojo—. Además, estoy haciendo un sacrificio... Es un pecado tirar comida... —Todas reímos de nuevo ante la última ocurrencia de Berta—. Me hubiera encantado vivir en la época de Sorolla, para ir a la playa con un vestido largo y un sombrero, bien tapadita. —Sigue una desenfadada Berta en alusión a la magnífica exposición que hemos visitado antes de la comida.

—A la playa no sé, pero sería maravilloso lucir así de estupidas en la boda de Leonor —comenta sonriente Almudena—. Es un *look* muy bonito, pamele, vestido vaporoso y luz a borbotones. —Coincido con ella en que a mí también me gusta la imagen de aquellas mujeres, propia de las revistas que tanto me gustan.

La charla de la sobremesa, en torno a los cafés y la tisona de Vega, sigue con la luminosidad del trabajo de Sorolla, las sorpresas que esperamos de la próxima boda de nuestra amiga, los colores de los tocados que nos gustaría llevar a cada una, y lo a gusto que hemos estado. Suenan varios sonidos de WhatsApp, lo que hace que cada una de nosotras cojamos los móviles con rapidez.

—Os acabo de enviar la foto que nos hemos hecho antes en el museo —comenta Carlota sin dejar de mirar la pantalla de su nuevo móvil, ultimísimo modelo. «Recién salidito del horno», como dice ella—. ¡Es para enmarcar! —exclama feliz—. Es como si nos hubiéramos puesto de acuerdo en los

colores de la ropa. Combina a la perfección entre nosotras, incluso con el cuadro del fondo. Ya mismo la subo a Facebook e Instagram. Esto hay que compartirlo. ¡Ya veréis la de *likes* que tenemos!

Parecemos cinco adolescentes rodeando una mesa con las narices pegadas a sus respectivos teléfonos. Supongo que incluso peor que una panda de quinceañeras.

—¿Dónde estoy yo? No me veo por ningún lado. ¿Por qué no estoy? ¿He ido al baño justo en ese momento? —pregunto entristecida buscándome en la fotografía.

—Mencía, pero si estás justo a mi lado, nena... —me contesta una sorprendida Almudena.

Me pongo a mirar la foto con calma. A ver, Almudena, de azul. Y a su lado, mis gafas de sol sobre una cabeza, mi mismo vestido, los mismos colores de mi pañuelo... ¿yo?, sin duda tengo que ser yo. Pero ¿cómo es posible? La visión que me ofreció el espejo de mi casa antes de salir a la calle no era muy buena, pero era infinitamente mejor que la que refleja esta fotografía. No puede ser. No puedo ser esa. Esa no puedo ser yo. ¡Tengo que hacer algo!